

Jesús Azcona (dir)



Memoria y creatividad

I Jornadas de estudios Barojianos

eman le zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

servicio editorial

argitalpen zerbitzua

INDICE

INTRODUCCIÓN

<i>Memoria y creatividad: las fisuras del tiempo pasado.</i> Jesús Azcona.....	7
<i>Memoria e invención literaria.</i> Miguel Sánchez Ostiz.....	41
<i>El género de la memoria: familia y mujer.</i> Jordi Roca i Girona.....	59
<i>Casa y Familia.</i> Pablo Antoñana.....	77
<i>Reivindicación de la literatura de cordel: memoria y cultura popular en los Baroja.</i> Luis Díaz G. Viana.....	125
<i>Imágenes y teorías de la familia a comienzos del siglo XX.</i> Demetrio Castro Alfin.....	157

INTRODUCCION

MEMORIA Y CREATIVIDAD: LAS FISURAS DEL TIEMPO PASADO.

Jesús Azcona*

1

“Hay un parentesco entre la lámpara que brilla y el alma que sueña. Tanto para una como la otra el tiempo es lento. El sueño y el resplandor demandan la misma paciencia. Entonces el tiempo se hace profundo; las imágenes y los recuerdos vuelven a unirse. El soñador de llama une lo que ve con lo que ha visto. Conoce la fusión entre la imaginación y la memoria. Se abre entonces a todas las aventuras del sueño; acepta la ayuda de los grandes soñadores, entra en el mundo de los poetas. Desde ese momento, el sueño de la llama, tan unitario al principio, llega a ser una copiosa multiplicidad”.

Gastón Bachelard, *La llama de una vela*. Ed. Laia/Monte Ávila Editores. Barcelona 1989, 17-18.

El recorrido personal y literario del hombre de letras, llamémosle científico o novelista, es un territorio, se piensa con más frecuencia que la deseable, cuyos caminos se van trazando una y otra vez hasta que quedan perfilados de forma diáfana, unidireccional y libres de cualquier escollo, de agujeros y de socavones, de recovecos y de sendas zizagueantes. Todo parece conducir, desde los primeros trazos hasta el final, al feliz acoplamiento de las ideas con el camino

* Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

trazado, a la yuxtaposición del espíritu con la carne, de los más profundos movimientos del cuerpo con el aletear de la mente.

Nada más alejado de la realidad, sin embargo, que esta imagen a pesar de su antigüedad en la tradición del pensamiento occidental y a pesar de su poderosa influencia incluso en aquéllos que han pensado y vivido de forma diferente. Debido al poder de esta imagen alguno de entre ellos mismos caen en la tentación de ordenarlas apoyándose en alguna idea directriz que la hacen remontar a los lejanos tiempos de los inicios, a las titubeantes primeras líneas trazadas en un papel sin guías y en blanco que hay que manchar con la escritura, tachar y volver a reescribir sin saber si va a existir un final y qué final.

Al escribir esto estoy pensando en esas glosas cuasi hagiográficas de algunos comentaristas tras el fallecimiento de Julio Caro Baroja y en algunas afirmaciones del propio Julio. Apoyándose básicamente en lo que escribiera en los últimos años de su vida, a Caro se le despoja de toda ambigüedad y de todo cuanto no tenga que ver con un plan definido y claro desde la juventud para definirlo como “hombre sabio”, como aquél que desde siempre sabía que la vida era inabarcable y que la ciencia nunca podría alcanzar lo profundo, el misterio. “Si tuviera que clasificar lo que he escrito en mi vida no sabría como hacerlo y preferiría no lanzarme a afirmaciones, que podrían ser tan arriesgadas como las que hacían los jóvenes platónicos ante la calabaza (...) Porque a lo mejor lo que hace uno no es ni Historia, ni Antropología. Tampoco nada” (1986, 10-11). “Ahora más que ser optimista o pesimista, lo que tengo es una sensación de incomprendibilidad, de sorpresa, de admiración. Me sorprende todo. Tengo una especie de tendencia a no comprender y a pensar que el mundo, tanto en lo bueno como en lo malo, es ininteligible, y que nunca podemos llegar a abarcarlo” (El Correo, 1985). “Porque para mí, en la vejez, (y creo que a otros viejos les pasará lo mismo), en muchos órdenes de la vida el Bien y el Mal se presentan con unos contornos muy confusos y hasta contradictorios. ¿Es un bien vivir para vivir? ¿Es un mal total la muerte? ¿Qué es lo que debo desear? ¿Es deseable hoy lo que se ha deseado ayer?” (1989, 76). Perplejidad, escepticismo, humanismo... son términos de una ‘cultura eclesiástica’ que permea a las otras culturas y que

aproxima la vida a las creencias o las creencias a la vida hasta confundirlas en una misma realidad: la realidad del creyente. Sólo quienes anteponen la creencia al vivir parten de un principio diáfano y claro y alcanzan igualmente un final diáfano y claro.

Vivir y escribir no son actos separados. El escribir tiene que ver más con el vivir que con el representar. Pero hay diferencias en el vivir que transmutan el escribir. Por un lado, lo que algunos se representan se halla ligado al vivir, a lo que hacen, piensan y quieren dentro de las coordenadas en que se desenvuelven sus existencias. Ligados a las “estructuras estructurantes” de su profesión y/o del espacio social, el escribir se halla maniatado al vivir como una planta trepadora al soporte que le permite ascender y desarrollarse. Soporte y planta llegan a confundirse; una y otra no se entienden sino en su mutua relación, en su dependencia recíproca. El mundo antiguo y el mundo moderno se construye sobre pilares firmes y profundos, sobre creencias incuestionables por evidentes, en los que los individuos sustentan sus vidas y escriben más sobre lo que les permite vivir que sobre la propia vida. La vida se les escapa de entre las manos cuanto más convencidos están de poseerla. Pero los hay, por otro lado, para quienes el soporte es la propia vida y el escribir se convierte en su reflejo, en ese haz de destellos y de sombras, de claroscuros que en la medida en que con más nitidez y en la proximidad aparece el trozo del camino por el que uno transita, en mayor oscuridad queda el camino recorrido, los contornos de lo iluminado y el camino a recorrer. Nada es igual, homogéneo, incontingente e inamovible. Todo es contingente, heterogéneo y dinámico. Es la tragedia de quien vive su vida y el escribir se convierte en contar lo que vive y lo que se imagina que otros viven, sean estos contemporáneos o no. En este contar no hay ni introducción ni nudo ni desenlace. Todo aparece disperso y variable, diversificado y multiforme; o, con otras palabras, heterogéneo, contingente y dinámico.

Los Baroja, sobre todo Pío y Julio, se encuentran entre estos últimos. “El hombre está en una encrucijada que es su propia vida, escribe Julio” (1986, 37). Y Pío, en el prólogo de *Cesar o nada*, resume su visión del mundo y de la vida de la siguiente forma: “la especie, el género, la raza, en el fondo no existen; son abstracciones, modos de designar, artificios de la ciencia, síntesis útiles, pero no